

HADAS CON TACONES AFILADOS

RUBÉN SÁNCHEZ FERNÁNDEZ

Primera edición: abril 2015

© Derechos de edición reservados.

Editorial Círculo Rojo.

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Colección Novela

© Rubén Sánchez Fernández

Edición: Editorial Círculo Rojo

Maquetación: Germán Fernández Martín

Fotografía de cubierta: © Fotolia.es

Diseño de portada: © Antonio López Galdeano

Producido por: Editorial Círculo Rojo.

ISBN: 978-84-9095-643-4

DEPÓSITO LEGAL: AL 254-2015

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Editorial Círculo Rojo no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).»

IMPRESO EN ESPAÑA – UNIÓN EUROPEA

A Yolanda.
¿A quién si no?

Se había jurado no hacerlo, pero la bofetada la despertó de nuevo.

Su cuerpo ardiendo, la respiración agitada, y ni un mísero pensamiento que pudiera alejarla de allí. Por instinto, y a duras penas, separó los párpados hinchados por los hematomas, pero la claridad que recordaba haber visto antes de perder el conocimiento había desaparecido. Tal vez hubiera llegado la noche. Aunque para entonces le pareció que su noción del tiempo ya no se regía por medida alguna.

Tumbada boca arriba, en medio de la oscuridad y con las muñecas escocidas por las ligaduras, Gisela era incapaz de distinguir dónde se hallaba ahora su captor. Aguardó inmóvil, coiciéndose su propio pánico entre los sedimentos de la saliva turbia que a duras penas lograba mantener húmeda su garganta. De pronto su corazón dio un vuelco. Se retorció como una culebrilla asustada, intentando alejarse del agrio rumor del aliento que acababa de sentir sobre su mejilla izquierda. Notaba el tibio hálito acariciarla, entre curioso y complacido, con el sosegado y deleitado ritmo con que la ola de agua estancada se empeña

en lamer una límpida orilla. La arcada le sobrevino de repente, pero al intentar vomitar, una mano enérgica le tapó la boca. La tos violenta convulsionó su pecho, quemándose por dentro bajo el influjo de una bilis sin escapatoria.

Conforme fueron extinguiéndose las contracciones, el tono de la áspera mano se relajó hasta retirarse. Le pareció que se alejaba unos pasos y, aun a pesar de la absoluta oscuridad, supo que se había detenido un poco más allá para contemplarla. Al cabo de unos interminables segundos se acercó de nuevo. Pese al dolor que le provocaban los pequeños jirones de su piel despegándose, sintió verdadero alivio cuando su secuestrador le retiró con inesperado esmero las cuerdas que la sujetaban. Entonces, por primera vez, tuvo esperanza. Luego la silueta volvió a alejarse y llegó el silencio. Pero Gisela no se atrevió a moverse, incapaz de asimilar esa sensación. Cuando por fin se decidió a hacerlo, escuchó el inconfundible sonido de una afilada hoja metálica deslizándose fuera de su funda. Abrió la boca intentando gritar, pero para cuando su propia voz alcanzó sus oídos ya se había convertido tan solo en un gruñido irracional.

I

CAPÍTULO

Si yo fuera pianista, tocaría dentro de un maldito armario.

J. D. SALINGER.

El guardián entre el centeno

—¿Y ahora?

—Un poco.

Sus ojos cegados por la intensa luz blanca se esforzaron por escudriñar el rostro de aquel tipo que palpaba con gesto grave su abdomen cuidadosamente.

—Está bien —desistió—. Vístase.

Cuando se incorporó para recuperar su camisa, Silvio notó de nuevo un agudo pinchazo en el costado. El médico le miró con aire dubitativo.

—Si solo le duele al moverse podría tratarse de un síndrome irritativo. Una hernia, tal vez.

—¿Eso significa operarme?

—Es demasiado pronto para saberlo —dijo elevando los hombros—. De momento voy a mandar que le hagan algunas pruebas.

El médico relleno un par de volantes y, tras rubricarlos con gesto enérgico, se los entregó.

—Baje al sótano, al Servicio de Radiodiagnóstico, y presente este papel. Allí le darán cita para las pruebas. La analítica de sangre se la haremos ahora mismo. Mientras tanto, si sigue doliéndole, puede tomar paracetamol.

—¿Tardarán mucho en llamarme?

—¿Tiene prisa?

—Soy un hombre muy ocupado.

—Todos lo somos —convino el doctor—. Pero no se preocupe, no creo que vaya para largo.

Después de la extracción de sangre, al salir, Silvio se despidió de la enfermera de recepción. No era especialmente guapa, pero tenía una bonita sonrisa. De esas que, sin proponérselo, regalan la calidez que a veces se mendiga en lugares tan hostiles como a él le parecían los hospitales. Al fin y al cabo, se dijo, policías y médicos tenemos algo en común: todo el que acude a nosotros lo hace porque está jodido. Iba a devolver la sonrisa a la chica, pero otro molesto pinchazo en el vientre le borró las ganas de golpe.

Los trámites para las pruebas fueron rápidos. Un par de sellos en los volantes y hasta dentro de unos días. Cuando regresó al aparcamiento, su compañero seguía en el mismo lugar donde le había dejado. Apoyado sobre el capó, con la mirada huraña que tienen los tipos que nunca pierden detalle, el Oficial de Policía Hugo Bográn fumaba un purito tranquilamente. Al llegar Silvio a su altura, se incorporó y le miró sin decir una sola palabra. El tiempo se había torcido en aquella tardía primavera de abril, llenando los días de un intenso frío bajo el que el humo blanco que escapaba de las comisuras de Hugo se tornaba espeso, ascendiendo perezosamente hacia un cielo cubierto de nubarrones.

—Volvamos a comisaría —dijo Silvio por todo saludo.

El ruido del motor desperezándose quedó encubierto por el rumor lejano de un trueno. Aún no era mediodía, pero la ciudad se había teñido de un gris oscuro solo roto por las luces de otros vehículos y de los semáforos. Conforme abandonaban las estrechas calles de la zona y se aproximaban a las avenidas, el tráfico fue volviéndose cada vez más denso hasta quedar detenidos en un atasco. Hugo cogió el purito y examinó la boquilla de cerca para devolverlo a continuación a sus labios y aspirar largamente. El mosaico de luces rojas, naranjas y verdes provocaba un curioso efecto en las fumaradas que se escapaban por la ventanilla entreabierta.

—¿Qué te han dicho? —preguntó, soltando una bocanada.

Rompió a llover por fin, y del cielo se despeñaron goterones que repiqueteaban sordamente contra la chapa del vehículo. Silvio miraba absorto a través de la ventanilla el desfile de personas y coches que se deformaban tras la cortina de agua.

—Nada.

—¿Sigue doliéndote?

—A ratos. Según la postura. Hay momentos en los que solo me alivia apretar con la mano.

Hugo apartó un instante la vista del parabrisas.

—¿Vas a coger la baja?

—¿Y que os toquéis a dos manos? Ni lo sueñes —sonrió débilmente—. Tenemos mucho trabajo atrasado.

El revés de las ciudades habitualmente soleadas es que con cuatro gotas todo el parque móvil invade las calles. A esas alturas, la orquesta de cláxones se había incrementado y comenzaba a gustarse, y a cada cambio de luz del semáforo la caravana de vehículos avanzaba apenas unos centímetros. Hugo tamborileaba

con sus dedos sobre el salpicadero y Silvio se revolvía incómodo en su asiento sin dar con la postura adecuada. Por el carril reservado de su izquierda les adelantó velozmente un autobús de línea, levantando a su paso un charco de agua que se coló por la ventanilla del conductor y les empapó por completo. Hugo estrujó el purito deshecho y lo arrojó al exterior con rabia.

—Al carajo —masculló, abriendo la guantera y sacando el lanzadestellos de color azul. De un golpe seco lo fijó al techo, metió primera y con el motor rugiendo invadió el carril bus.

—No me pagan por perder el tiempo en atascos —dijo mientras con la mano libre se encendía otro purito.

Al cabo de unos quince minutos el imponente edificio surgió entre el telón de lluvia y nubes. Aquella solemne construcción de estilo monumentalista, con altísimos techos y gruesos muros de mampostería, albergaba la comisaría desde hacía más de tres décadas. No dejaba de ser llamativo el hecho de que un cuerpo de Policía cuyas funciones y medios reflejaban su evolución acorde con una sociedad moderna, lo hiciera alojado en una edificación con un aire tan retrógrado. Dejaron el vehículo camuflado en el aparcamiento y atravesaron corriendo el amplio patio bajo el diluvio. Hugo llegó rápidamente hasta la puerta trasera del edificio y desapareció tras ella, pero Silvio aún no había logrado alcanzarla cuando súbitamente se detuvo. Allí quedó, inmóvil, contemplando estupefacto cómo resbalaban por la piel y los labios de la inesperada figura con la que acababa de toparse las gotas de una lluvia que de pronto había dejado de importarle. La mujer estaba junto al portón de entrada, cubierta con un largo abrigo y esforzándose por salvaguardar del aguacero una pequeña maleta bajo el alero de la garita de seguridad. Entonces sus miradas se cruzaron. Fue solo un segundo, pero tan difícil de sostener como lo haría un funámbulo sobre

un efímero y tenso cable. Silvio se pasó la mano lentamente por el pelo empapado antes de darse la vuelta, entrar en el edificio y reparar en el sonido de la tercera llamada consecutiva que recibía en su teléfono móvil.

—¿Diga?

—Lo tenemos.

—¿En condiciones?

—Yo no diría tanto.

—Preparad los papeles. Se va a quedar aquí.

—¿Estás seguro? Yo lo veo cogido con pinzas. Oye, ¿dónde estás?

—Exactamente detrás de ti.

Raquel Alvarellos se giró al escuchar su voz. Silvio había subido corriendo las dos plantas y ahora aguardaba en la puerta de su despacho. La joven agente notó en su mirada esa especie de ausencia que ya había observado en otras ocasiones en las que, como ahora, prefería no tratar de averiguar su origen. Se limitó a colgar el teléfono y tomar una silla por el respaldo.

—¿De dónde salís?

—Parece que de un diluvio —murmuró Silvio, tomando asiento—. ¿Dónde está?

—En el despacho de al lado.

—¿Cómo le habéis encontrado?

—No ha sido fácil. Hilando muy fino y tirando de contactos. Labores de investigación —sonrió la joven.

—En otras palabras —interrumpió Hugo mirándola fijamente—: yonqui desesperado, un par de días *tronchando* poblados y el zombi apareció andando por su propio pie.

—Bueno... más o menos —se excusó con un mohín de turbación.

—Da igual el modo. Buen trabajo, chicos —zanjó Silvio—. Vamos a hablar con él.

La blanca luz de neón resaltaba sus uñas ennegrecidas. Sus dedos temblorosos intentaban liar torpemente un cigarrillo al tiempo que miraba a todas partes con pretendido aire de suficiencia. De los dos agentes de paisano que le vigilaban, uno esperaba apoyado en el archivador; el otro, más veterano, estaba sentado detrás de una mesa. Cuando la puerta del despacho se abrió, el Nazareno se irguió intentando aparentar cierta dignidad.

—Hombre, inspector... —saludó ofreciéndole la mano—. Cuánto tiempo.

—Aquí no se puede fumar, Nazareno —respondió Silvio, manteniendo ambas manos en los bolsillos traseros de su pantalón.

—Vale. Lo dejaré para más tarde.

Con el gesto fruncido por el desplante, el Nazareno guardó el cigarro en el bolsillo de su camisa moteada de lamparones.

—¿Y para qué soy bueno, si puede saberse? —preguntó.

—¿Tú? Ni para estar durmiendo. Pero ese es otro tema.

El inspector lanzó una inequívoca mirada a los dos agentes, que sin decir ni una palabra salieron del despacho, dejando allí al detenido en compañía de Hugo, Raquel y él mismo. Entonces se aproximó a uno de los archivadores, abrió el segundo cajón y extrajo una carpeta no demasiado abultada.

—La cosa es que aún tenemos pendiente lo de la muerte del Tato, y si su cadáver olía mal cuando lo encontramos, este asunto ya ni te cuento.

El Nazareno fue a decir algo pero Silvio lo interrumpió con un gesto.

—Y como la mañana avanza y se acerca la hora de comer, te lo voy a poner fácil —continuó—. Colaboras, me lo cuentas todo y dejamos esto arreglado cuanto antes, o a la temporada en el talego vas a tener que añadirle tres largos días aquí dentro.

El otro abrió mucho los ojos amarillentos por la ictericia. Repasó de un vistazo las desnudas paredes de la oficina y se recostó en la silla con los brazos cruzados y una sonrisita chulesca en los labios.

—No puede hacer eso y lo sabe, jefe. Estoy enfermo del corazón, no me riega bien... —ahora se palpaba con gesto fatigado la piel violácea del cuello—. Aquí dentro no le daría más que problemas, ¿y qué ganaríamos los dos con eso?

—Por mi parte dar carpetazo a este asunto y a ti retirarte un tiempcito de la circulación, ¿te parece poco?

El Nazareno no respondió. Consultó los rostros inexpresivos de Hugo y Raquel, que no le quitaban ojo de encima. Poli bueno, poli malo y todo eso. Siempre hay quien termina ofreciendo un cabo al que poder agarrarse. Pero esta vez parecía que no iba a ser así.

—Últimamente frecuentabas el *Marilyn* —dijo Silvio—. Varias veces a la semana.

—Eso es mentira —protestó.

—Mira, gilipollas —repuso con tono calmado—, cuando vayas a un puticlub de farra procura que tus colegas no te hagan fotos. Tarde o temprano acaban colgadas en Internet.

Y diciendo esto, abrió la carpeta y extrajo dos copias en blanco y negro de unas imágenes. El Nazareno las miró de

cerca, sin atreverse a cogerlas, disparado el tono púrpura de su piel y resollando despacio.

—Primera mentira —sentenció Silvio—. Uno a cero. ¿Seguimos?

—Vale —admitió, alzando las palmas de las manos—. Fui varias veces al *Marilyn* a divertirme un rato. ¿Dónde está el problema?

—En que no me estás contando nada que yo no sepa. Pero sigue, a ver si empatas.

Alguien tiró de la cadena en el piso de arriba y se escuchó el gorgoteo del agua cayendo por la tubería tras el tabique, junto al rincón de los archivadores. En esa zona la pared se tornaba gris por la humedad y la pintura se desconchaba como un ecema pálido. Allí se perdían ahora los ojos enfermos del Nazareno.

—Yo con el Tato no tenía nada. No era más que el portero del local. La primera vez tuvimos un encontronazo, eso es verdad. Íbamos muy pasados y no nos dejó entrar. Pero luego nos hicimos colegas; se enrollaba bien, nos invitaba a alguna copa... Nada más.

—Pues algo habría cuando apareció junto al barranco de la vieja estación cosido a puñaladas. Dos a cero.

—¡Le digo que no tengo nada que ver, joder! —exclamó el Nazareno—. Yo solo iba, me divertía, echaba un polvo y a casa.

—No me creo esa película. Se acabaron las tonterías. Vas a decirnos quién lo hizo y tendrás mucha suerte si solo te detenemos por encubrimiento.

Acto seguido cogió una silla, la colocó del revés frente al Nazareno y tomó asiento, apoyando sus brazos sobre el respaldo.

—¿Cuánto hace que no te chutas? —le preguntó.

El otro bajó la mirada. Sus dedos temblaban casi tan rápido como su respiración se agitaba.

—No lo sé. Desde ayer, creo...

—Sabes perfectamente que tenemos de sobra para dejarte aquí —le advirtió—. Vas a pasarlo muy mal encerrado tanto tiempo hasta que te llevemos delante del juez.

El Nazareno hundió la cabeza entre las manos, gimoteando. Pero a sus treinta y nueve años, el inspector Silvio Tanco, jefe del grupo de Homicidios de la Policía Judicial, había contemplado esa escena muchas veces. Demasiadas ocasiones. Demasiadas personas. Por eso sabía que quien es capaz de matar también lo es de fingir, lo mismo inocencia que desolación. La maldad y la mentira son solo muros estancos, y la ausencia de compasión una eficaz grieta que termina por echarlos abajo. Al fin Silvio se levantó y apartó la silla a un lado, despacio, mirando los mechones de pelo grasiento y ensortijado estremeciéndose al ritmo de los sollozos.

—Preparad las actas de derechos y al calabozo —ordenó.

—¡No puede hacerme eso! —chilló—. ¡Salga a la calle a buscar a quien le mató! ¡Yo no soy un asesino!

—Tal vez. Pero sabes quién lo hizo y acabarás por decírmelo. Feliz estancia.

—¡Hijo de puta!

El Nazareno se levantó de la silla de un salto y se abalanzó sobre Silvio. Medio segundo después se oyó un estampido metálico. La mano delgada y nervuda del jefe de Homicidios sujetaba el cuello del detenido contra el archivador. Hugo y Raquel aguardaban, tensos, sin mover ni un músculo. Silvio acercó su cara al rostro lívido del Nazareno, que continuaba lanzando insultos y espumarajos por la boca. La esclerótica amarilla inyectada en sangre confería a sus ojos un peculiar color anaranjado.

De pronto sonaron dos golpes lentos y pausados y se hizo el silencio. Hugo titubeó un poco antes de abrir la puerta. No era demasiado alto, pero su ancha espalda ocultaba toda la escena al recién llegado. El Nazareno bufaba pero al menos había dejado de gritar. Silvio alcanzó a escuchar el siseo de la apresurada conversación. Cuatro frases en voz baja bastaron para denotar la insistencia del recién llegado.

—Jefe, te buscan. Es urgente —dijo Hugo sin volverse.

Silvio aún esperó unos segundos antes de aliviar la presión de sus dedos. Tragó saliva, se arregló la camisa y se encaminó a la puerta. El Nazareno quedó aplastado contra el archivador, jadeando, con los ojos clavados en el cogote del inspector mientras le daba muerte de mil maneras en su imaginación.

—Salgo un minuto —informó—. Hugo, explícale tú la legislación vigente mientras tanto.

El Subinspector Agustín Roncales se arreglaba las charreteras del hombro cuando Silvio apareció ante él. El jefe de turno de la Sala del 091 era menudo, con una presencia tan delicada como los nudillos con los que había llamado a la puerta. Se ajustó las gafas por tercera vez antes de anunciar lo que había venido a comunicarle.

—Tenemos un cadáver.

—¿Dónde?

—En la calle Ruipérez... —sacó el bloc de notas de su bolsillo y lo hojeó hasta dar con la página correcta—, número veintitrés. En el portal de una casa unifamiliar. El aviso nos entró por la sala y ya he comisionado dos patrullas al lugar.

—De acuerdo, gracias Agustín. Vamos para allá en un minuto —respondió, volviendo a abrir la puerta de su despacho.

—Faltaría más. Oye, por cierto ¿qué son esos gritos?

—Nada, no te preocupes. Un agobiado.

El sedante por fin hizo efecto, de manera que el hombre recostado en la camilla solo debió de alcanzar a ver llegar, como en un sueño entre la neblina, el vehículo gris del que descendieron tres sombras que cruzaron la cinta de seguridad y se introdujeron en el portal. Dentro no había más que silencio, roto a intervalos por los comunicados de la emisora que desentonaban, estridentes y ajenos, con la situación. De los recién llegados, uno parecía estar ausente. Nada más bajar del coche, Silvio había reconocido el lugar. Si sus sospechas se confirmaban, aquello tenía pinta de complicar mucho las cosas. Sin embargo, su preocupación era otra. No lograba desembarazarse del inesperado encuentro que había tenido en el patio trasero de comisaría. Ni siquiera era capaz de distinguir, de entre el torrente de sensaciones que había experimentado durante ese breve lapso, la alegría de la tristeza o la rabia. Tan enfrascado estaba en sus pensamientos que no reparó en la ansiedad que se había instalado en los ojos de Raquel, fijos en él. Pero no era la única. Los policías uniformados que protegían el recinto se volvieron con una mezcla de recelo y curiosidad en sus miradas, clavadas todas ellas en Silvio. Uno de ellos, el Coordinador de Servicios, un inspector maduro y con el pelo canoso, se les acercó.

—Está ahí dentro —dijo sin más, señalando al fondo del portal.

Caminaron hacia el ascensor. No habían llegado hasta él cuando, a través del estrecho cristal traslúcido de la puerta, adivinaron los trazos de la carnicería que albergaba el pequeño habitáculo. El agente que lo custodiaba la abrió. Lo primero que Silvio observó fueron los zapatos de color marrón, sucios y gastados. A continuación, sus ojos recorrieron con ligereza los pantalones vaqueros, pasando por la chaqueta gris que cubría la camisa blanca y parcialmente desabotonada, entre cuyos plie-

gues se adivinaba una fina cadenita de la que pendía una cruz de oro, hasta llegar a lo que había sido la cabeza, que ahora solo era una masa deforme y sanguinolenta.

—Le han cosido la cabeza a tiros —ilustró con mundana obviedad el policía que sostenía la puerta.

—¿Quién lo ha encontrado? —preguntó Silvio.

—Su hermano —respondió el del pelo canoso, que ya se encontraba a sus espaldas—. Está fuera, en la ambulancia. Ha sufrido una crisis de ansiedad.

Silvio se apartó del ascensor y Hugo ocupó su lugar. Raquel seguía a un lado, con aire pensativo.

—Habrà que avisar a los jefes —murmuró Silvio—. Esto va a traer cola.

—Ya lo hago yo —se ofreció el Coordinador.

—Como quieras, Bernardo.

El otro iba decir algo, pero Silvio ya le había dado la espalda y ahora miraba a sus compañeros.

—¿Sabéis quién es? —preguntó.

Ambos hicieron un gesto afirmativo.

—Cuando trascienda que a Gerardo Barruezo le han dado matarile van a empezar los nervios y las prisas —explicó—. Habrà que actuar rápido. ¿Está avisada Científica?

—Vienen de camino —respondió Bernardo—. De todos modos, yo no lo veo tan grave. Un mafioso asesinado, un problema menos.

—Si hay alguien capaz de matar a Barruezo, eso significa que tenemos un problema mucho mayor.

El otro le miró con aire displicente.

—¿Quieres algo más? —preguntó—. Aquí ya estamos de sobra.

—Sí. Que mantengáis el perímetro de seguridad hasta que lleguen los de Policía Científica. Y que recuerdes a tus chicos que se pongan guantes cuando manipulen la escena de un delito. Ahora no hay más remedio que tomarle huellas de cotejo al compañero del ascensor.

—No sé ni por qué te dejan seguir aquí —masculló Bernardo mordiéndose un labio—. Si quieres algo más, habla directamente con el oficial que dejo al cargo. Yo me marchó.

—Que te vaya bien —respondió Silvio con tranquilidad.

El Coordinador de Servicios abrió la puerta del edificio para salir, y las trazas de un sol que se asomaba entre las nubes inundaron el suelo blanco del portal. Raquel se entretuvo en contemplar, distraída, las anárquicas formas que resultaban de la combinación de la luz con las impurezas del mármol, hasta que el chasquido del portón cerrándose le devolvió a aquel lugar. Cuando volvió a mirar a Silvio, este ya se encontraba en cuclillas junto al cadáver.

Era un ascensor privado, que daba servicio a los tres pisos de aquella vivienda unifamiliar. El cadáver de Barruezo estaba sentado, ligeramente inclinado hacia la derecha, como si hubiera desfallecido resbalando por la pared. Entre la sangre aún podían distinguirse sus ojos entreabiertos y la lengua colgando, lo que le confería una expresión grotesca. No quedaba ni un palmo de la cabina sin salpicaduras de sangre proyectada.

—¿Cuántos le han dado? —preguntó Hugo—. ¿Tres, cuatro?

—No lo sé —respondió su jefe—. No hay casquillos. Por el destrozo, con ese calibre habrá muerto al primer disparo. Pero se aseguraron bien.

—¿Habéis hablado con los vecinos? —preguntó Raquel al oficial de radiopatrullas.

—Dicen que no oyeron nada, compañera. Fue su hermano el que lo descubrió cuando regresó a casa esta mañana.

Silvio hurgó en sus bolsillos y extrajo unos guantes de látex. Se los colocó y, con sumo cuidado, palpó las ropas del muerto. Al llegar al pecho sus manos se detuvieron. Despacio, levantó la solapa de la chaqueta y la visión de lo que ocultaba le hizo fruncir los labios.

—Buena herramienta —apuntó Hugo—. Un 38 especial.

—Que no le dio tiempo a sacar. Un empresario de la noche chungo que siempre va armado y que no confía en nadie, vuelve a casa de madrugada y con el revólver a punto. ¿Cuál es el único momento en que se sentiría seguro?

—Cuando ya está dentro de su propio ascensor —dijo Raquel.

—Exacto. Quien hizo esto tenía bien estudiado el momento propicio. Rápido y sin ningún ruido.

—Un silenciador —murmuró la joven.

—Un tipo listo —dijo Hugo.

—¿Un sicario?

Fuera, la lluvia había dado tregua, y el olor picante de la humedad inundó el portal. El despliegue empezaba a llamar la atención de algunos vecinos que ya se agolpaban en los alrededores de la vivienda. El oficial de Seguridad Ciudadana interrogó a Silvio con la mirada.

—Está bien —dijo este con un gesto afirmativo.

Mientras el agente se dirigía a ampliar la zona de seguridad, el jefe de Homicidios se quitó los guantes y empezó a tomar notas.

—Preguntad a los sanitarios si el hermano del muerto está en condiciones de hablar —pidió.

Raquel se dirigió a hacer la gestión. Hugo se alejó del cadáver y se apoyó en el buzón de la entrada. Sacó un purito de la camisa y lo encendió, reflexivo. Dio un par de caladas y observó cómo el humo se retorció buscando el aire frío del exterior. Sacudió lentamente la cabeza.

—¿Cuánto tenemos? ¿Dos días?

—Quizá menos —respondió Silvio—. Hay que comprobar los vuelos con origen y destino a los países de interés desde hace varias semanas. Y eso suponiendo que sea extranjero.

—En caso de que lo sea...

—Puede estar fuera del país en un par de horas.

—Lo tenemos difícil.

—Lo tenemos peor, Hugo.

Raquel regresó de la calle.

—El hermano no está ni para hablar del tiempo. Se lo llevan al hospital —informó—. Y Policía Científica acaba de llegar.

—Muy bien —murmuró Silvio palpándose el estómago mientras intentaba disimular una mueca de fastidio—. Que pasen.

II

CAPÍTULO

Cuantas veces estuve entre los hombres, volví menos hombre.

TOMÁS DE KEMPIS

El grito de dolor se elevó por el patio de luces al tiempo que Silvio cerraba la puerta del congelador. Chupó el cubito de hielo, se lo pasó por la nuca y las ganas de vomitar desaparecieron momentáneamente. Luego volvió al salón con paso titubeante.

—Toma —dijo arrojando lo que llevaba en las manos—, esto te aliviará.

La bolsa de hielo se estrelló contra el regazo del hombre sentado en el sofá que miraba aterrado a los dos inesperados visitantes con aire de no comprender qué pasaba. La gran mancha que su propia sangre había dejado en la alfombra se había expandido hasta adoptar la forma de algo parecido a una media luna.

—Empezamos de nuevo. Vuelve a contármelo —dijo Silvio.

El hombre emitió un suspiro que sonó gangoso al contacto con la sangre acumulada en su boca.

—Yo no sé nada —dijo con fuerte acento rumano—. El día que le mataron no le vi.